

LA “REVOLUCION VERDE” Y DESPUES

Por Norman E. Borlaug

En 1970, el Premio Nobel de la Paz por vez primera no correspondió a un estadista o a un prominente hombre público, sino a un científico agrícola que realiza trabajos de investigación en el medio rural de México. Se trata del Dr. Norman E. Borlaug, nativo de Iowa, en el medio oeste de los Estados Unidos, quien desde 1944 trabaja en la República Mexicana con el propósito de mejorar la cosecha de trigo de este país. Las variedades de trigo de alto rendimiento que ha logrado el Dr. Borlaug convirtieron ya a México de importador en exportador del cereal, llevaron a Paquistán de la escasez dramática a la autosuficiencia y, según parece, lograrán resultados semejantes en la India. Hoy día hay en Iberoamérica, el Medio Oriente, Asia y

Africa más de 10 millones de hectáreas sembradas de esta gramínea grandemente resistente a las inclemencias del tiempo y a las enfermedades; se calcula que alimenta ya a unos 500 millones de personas. A esta notable transformación del cultivo del trigo —junto con los avances logrados en otras parte del mundo en materia de variedades mejoradas de arroz— se le ha dado el nombre de la “revolución verde”.

Facetas pidió a Diane Stanley que interrogara al Dr. Borlaug acerca de sus pasados trabajos, sus actividades presentes y sus conceptos sobre el futuro. La señorita Stanley es egresada de la Universidad de Misuri y ha participado en programas culturales e informativos en Chile, Brasil y México.

Las áridas y calurosas llanuras del Valle del Yaqui, en el noroeste de México, no parecen un escenario muy adecuado para un ganador del Premio Nobel de la Paz. Al entrar en la plantación experimental que dirige el Dr. Borlaug, se ven aprendices agrícolas de cuatro continentes trabajando metidos hasta la cintura en verdes campos de trigos o inclinados sobre pequeñas plantas de maíz. En el interior de los tres largos edificios de una planta, los técnicos estudian gráficas de producción, efectúan análisis de suelos y cruzan diferentes variedades de semillas con gran cuidado.

Pese a su actual celebridad, el Dr. Borlaug aún pasa buena parte de su tiempo en la estación experimental de Ciudad Obregón. Cuando lo visité, en la primavera de 1971, se hallaba entregado a la tarea de desarrollar variedades de trigo enano triple y a la cruce de trigo y centeno. Aparte de su objetividad y modestia, que ya esperaba encontrar en él, lo que más me impresionó del Dr. Borlaug fue la conjunción de su entrega a la investigación científica y su profunda preocupación por el hambre y la sobrepoblación en el mundo.

* * *

Dr. Borlaug, cuando llegó usted a esta región de México hace 27 años, el promedio de rendimiento de trigo por hectárea era de unos 12.5 hec-

tolitros. En la actualidad, el rendimiento es por lo menos tres veces mayor. En su opinión, ¿cuáles fueron los factores o los avances que influyeron más para lograr este enorme aumento?

En realidad, creo que el rendimiento casi se ha cuadruplicado desde que llegué aquí. En otras palabras, ahora se cosechan poco menos de 50 hectolitros por hectárea en esta región de México.

Este aumento se debe a las variedades que se han desarrollado y adaptado debido a su alta productividad, cuando el cultivo es adecuado. Un factor importante del alto rendimiento es la fertilización (fuertes dosis del fertilizante apropiado, aplicadas correctamente); otro es la administración atinada del agua de riego. La suma de estos elementos —suponiendo, claro está, que se haya dotado a la semilla de una adecuada resistencia a las plagas, lo cual siempre es difícil— origina tremendos cambios.

¿Cuántos países están sembrando las variedades mexicanas de trigo y qué resultados han obtenido con ellas?

Pues, no he calculado con exactitud cuántos países están aprovechándolas, pero la cantidad es bastante grande. Supongo que los que tienen mayores áreas sembradas con ellas son la India y Paquistán, pero también



El Dr. Borlaug

hay considerables extensiones en Turquía, Afganistán, Irán e Irak; en los últimos años se han usado bastante en Túnez, Argelia y Marruecos. Desde luego, las variedades de trigo desarrolladas en México se utilizan en varios países de América Latina, como Guatemala, Colombia y Ecuador, lo mismo que en la región sudoccidental de los Estados Unidos. Es probable que pronto se empiecen a sembrar, en cantidades cada vez mayores, en Brasil y quizás también en la Argentina. Hay naciones

africanas en las que ya se dedican buenas extensiones de tierra al cultivo de trigo mejorado, como Kenia, Etiopía, Sudáfrica y Rodesia. En suma, estas variedades de grano de alto rendimiento se han extendido ya por todo el mundo.

¿Y en las naciones que mencionó usted se está obteniendo el mismo rendimiento de casi 50 hectolitros por hectárea, como aquí en Sonora?

En algunos casos, sí. Indudablemente, la cifra es parecida en la India

y Paquistán; y en muchos otros países, el rendimiento por hectárea va en ascenso. Quisiera señalar que, si bien estas variedades se desarrollaron originalmente para usarse en tierras de riego, como son las de esta región de México, se están obteniendo buenos resultados con ellas en plantíos de temporal en Túnez, Argelia, Marruecos, el suroeste de los Estados Unidos, Afganistán, Irak, Irán y, por supuesto, en diversos países iberoamericanos.

Es obvio que en tierras de temporal los resultados dependen en parte de la distribución del agua de lluvia y de la medida en que se pueda aplicar fertilizante adecuadamente. Empero, las variedades mejoradas han tenido rendimientos suficientemente altos para desplazar al trigo común en grandes extensiones de tierra, aun en zonas de temporal.

En un informe que leí recientemente sobre el programa de mejoramiento del maíz, que se lleva a la práctica aquí en México, se decía que uno de los problemas que se afrontan es el de convencer a los agricultores de la conveniencia de usar las nuevas variedades de este grano. ¿Qué tan grave ha sido para usted este problema en su trabajo alrededor del mundo, y cómo ha logrado persuadir a la gente del campo para que pruebe nuevas variedades de trigo, maíz u otros granos?

Este es uno de los problemas que se presentan siempre que se trata de introducir no sólo una nueva semilla sino cualquier técnica novedosa. Existe una cierta renuencia a los cambios, que es mayor cuanto más pobre es la gente. Así, los agricultores con menos recursos, aquellos que obtienen de la tierra apenas lo necesario para sobrevivir, son los que más se resisten a las innovaciones. Es preciso estar conscientes de este hecho al tratar de introducir una nueva semilla y de implantar las técnicas necesarias para hacerla productiva.

No debe esperarse que el agricultor quede convencido mediante la simple demostración de que puede obtener un 10 ó un 15 por ciento de rendimiento extra. Para persuadirlo (dando por sentado que la semilla sea apropiada), tenemos que saber cómo obtener una cosecha mucho mayor que la que jamás haya logrado. Tenemos que demostrarle que es posible duplicar, triplicar o hasta cuadruplicar el rendimiento de sus tierras. Cuando se consigue esto, y sobre todo cuando se consigue en su propia parcela y no en una estación experimental del gobierno, el campesino se vuelve muy receptivo.

El agricultor, particularmente el pequeño agricultor, tiende a dudar de lo que ve en una estación experimental del gobierno. Piensa que el sector oficial siempre cuenta con enormes recursos y que, por ello, puede lograr cosas que él no puede hacer en su propia parcela. Por otra parte, y aunque ellos no lo digan, estoy seguro de que muchos campesinos piensan que hay algo de magia —yo lo llamo brujería— en nuestro trabajo científico.

La "Revolución Verde" y Después

Pero si el agricultor ve que el milagro se realiza en su propia tierra, si observa el desarrollo de toda la operación y toma parte en ella, se convierte en un activo promotor de los nuevos métodos entre sus vecinos y familiares, e incluso los da a conocer a parientes que viven en otras poblaciones. En gran parte, así se han difundido las nuevas técnicas en la India y Paquistán.

Se ha dicho que la "revolución verde" no ha alcanzado triunfos tan espectaculares en las regiones tropicales, y que de hecho las actividades agrícolas nunca podrán ser muy intensas en ellas debido a la pobreza del suelo. ¿Es cierto esto? Y si lo es, ¿qué posibilidades de desarrollo agrícola tienen las enormes zonas tropicales de Sudamérica, África y el Lejano Oriente?

Considero que la "revolución verde" no se ha extendido con igual celeridad en las zonas tropicales de América Latina y África debido a que no se ha desarrollado hasta hoy el tipo específico de técnica para ellas. Estoy seguro de que esto se podrá hacer si la tarea se inicia correctamente, y con la cantidad adecuada de investigación científica.

No hay que olvidar que aquí en México invertimos 15 ó 20 años de trabajo extremadamente lento y arduo para crear las nuevas variedades de semillas, darles su gran capacidad de adaptación y aprender a cultivarlas de tal manera que dieran altos rendimientos. Después pusimos a prueba la adaptabilidad de la nueva técnica en otras partes del mundo, como la India, Paquistán y más recientemente el norte de África; sólo entonces nos convencimos de que era posible trasplantar los nuevos métodos a casi todas las regiones del planeta, rápidamente y con resultados espectaculares. En términos generales, así sucedió. En cuanto al arroz, las cosas han marchado de manera semejante; en este campo los trabajos se iniciaron en años más recientes en el Instituto Internacional de Investigaciones del Arroz, que se encuentra en las Filipinas. Las investigaciones han alcanzado gran éxito y las innovaciones resultantes se han aplicado ya en varias partes del mundo.

No obstante, en materia de agricultura tropical se ha realizado muy poca labor de investigación y creo que ya es tiempo de que empecemos a remediar esto. De hecho, tal es el propósito de los dos institutos científicos internacionales de creación más reciente: el CIAT (Centro Internacional para la Agricultura Tropical), con sede en Colombia, y otro más que se está organizando actualmente en Nigeria. Tengo fe en que esos centros produzcan variedades de semillas y métodos avanzados de cultivo que puedan emplearse en las regiones completamente tropicales.

Quisiera agregar que estos centros internacionales de investigación representan apenas un eslabón de la cadena. Traemos a estos lugares a muchos científicos jóvenes para darles un adiestramiento práctico, porque sabemos que el número limitado de gente que integra nuestro personal

FACETAS

es insuficiente para empezar siquiera a resolver todos los problemas inherentes a la producción de alimentos en la gran cantidad de naciones en vías de desarrollo que hay en el orbe. Nosotros hacemos una pequeña parte de la tarea, pero el resto de ella corresponde a los científicos que llevan adelante los programas de cada país. En este centro, en el Centro Internacional del Arroz y en los nuevos centros para la agricultura tropical, todo lo que podemos hacer en este sentido es ayudar a la preparación de algunos de estos jóvenes científicos.

¿Los tres últimos centros también reciben ayuda de la Fundación Rockefeller?

En la actualidad, los centros internacionales reciben fondos de diversas organizaciones. El programa agrícola puesto en práctica originalmente por México fue una tarea costeadada conjuntamente por el gobierno de este país y la Fundación Rockefeller. Se inició en 1943 y se llevó a término, según creo, en 1962.

Sin embargo, este programa tuvo un segundo aspecto: la capacitación de jóvenes científicos mexicanos. Calculo que en dicho programa de adiestramiento participaron aproximadamente mil de ellos. Si bien muchos no llegaron a obtener altos grados académicos (aunque sí vastos conocimientos y un intenso adiestramiento práctico), varios centenares recibieron becas para estudiar en los Estados Unidos, donde obtuvieron los grados de maestros en ciencias y doctores en filosofía dentro de la especialidad agrícola. Ellos se hicieron cargo del programa agrícola nacional de México, al ponerse éste en marcha en 1962. En esa época, ya había llegado a su término el programa conjunto del gobierno mexicano y la Fundación Rockefeller.

No obstante, poco tiempo después y debido en gran parte a los resultados que se habían obtenido en México, nació un nuevo concepto: el de los centros internacionales de investigación agrícola. El primer centro prototipo fue el Instituto Internacional de Investigaciones del Arroz, que se encuentra en Los Baños, Filipinas. Desde sus inicios, este centro ha sido sostenido conjuntamente por las fundaciones Ford y Rockefeller, con la colaboración del gobierno filipino.

Después, y a manera de segundo efecto, se creó aquí en México el Centro Internacional para el Mejoramiento del Maíz y el Trigo (CIMMYT). No empezó a funcionar realmente hasta 1965, pero fue concebido y fundado oficialmente en 1964. En sus primeros tiempos fue sostenido por las fundaciones Ford y Rockefeller y por el gobierno mexicano, pero actualmente recibe ayuda también de las Naciones Unidas, del Banco Interamericano de Desarrollo y de la Agencia para el Desarrollo Internacional, de los Estados Unidos.

Constantemente crece el número de entidades que contribuyen al sostenimiento de los cuatro centros internacionales de investigación. La

La "Revolución Verde" y Después

Fundación Kellogg, por ejemplo, ha otorgado fondos al CIAT; el gobierno canadiense está ayudando también a costear esta labor científica, dentro de su programa de ayuda exterior; lo mismo empiezan a hacer algunas instituciones oficiales de varios países europeos. Así, desde el punto de vista de su sostenimiento, los centros de investigación agrícola están llegando a ser verdaderamente multinacionales.

¿Cuál es el principal campo de su trabajo actual?

En cuanto al trabajo que yo dirijo personalmente, que se reduce casi por completo al trigo y últimamente al triticalia (híbrido de trigo y centeno), realizamos la mayor parte de nuestras actividades de investigación en este centro durante el invierno. O sea que sembramos nuestras semillas experimentales en noviembre y seguimos todo su desarrollo aquí. También traemos a jóvenes estudiantes de otras partes del mundo para que trabajen en la estación experimental del CIANO (Centro de Investigaciones Agrícola del Noroeste).

Por otra parte, paso gran parte del año viajando y trabajando con muchos de los jóvenes que han estudiado aquí o con otros hombres de ciencia en diversos países del mundo. En marzo estuve en la India y Pakistán, y dentro de unos días iniciaré un viaje por Túnez, Argelia y Marruecos que abarcará el mes de junio. Pasaré julio en Turquía.

¿Cuántos estudiantes de otros países han estado en Ciudad Obregón desde que se inició este programa?

Hemos impartido cursos informales de capacitación durante mucho tiempo, comúnmente para dos o tres jóvenes a la vez; éstos han sido iberoamericanos en su mayoría. Sin embargo, en 1961 dimos comienzo a un programa de capacitación más intenso para especialistas en trigo; calculo que a partir de entonces unos 200 estudiantes han pasado con nosotros entre nueve meses y un año. Muchos otros han permanecido aquí por espacio de una, dos o tres semanas. Estos últimos suman también varios centenares. Además, en los últimos años hemos impartido a muchos funcionarios de gobierno de diferentes países un curso de orientación sobre cómo se organizan los trabajos de investigación y la forma en que los agricultores participan en ellos.

Considero que la colaboración del CIANO con los agricultores del Estado de Sonora constituye una forma progresista y única de trabajo, que podría dar óptimos resultados en otras partes. Una buena parte de los fondos necesarios para costear las investigaciones proviene de los propios agricultores locales, es decir, del producto de la venta de sus cosechas. No se trata de un impuesto establecido por el gobierno; los mismos agricultores reúnen el dinero y lo administran por medio de un cuerpo directivo integrado por votación, el cual trabaja en colaboración di-

FACETAS

recta con el jefe de investigaciones del CIANO. De esta manera, dicho centro se ha convertido en una organización vigorosa y única que, según esperamos, servirá de modelo para la creación de otras similares en diversas regiones de la Tierra.

Se ha dicho que la "revolución verde" puede modificar la existencia de más gente a corto plazo que cualquier otro avance tecnológico de la historia. ¿Cree usted que esta afirmación sea acertada?

Creo que tiene el potencial intrínseco suficiente para ello, si los gobiernos se cuidan de caer en la abulia, si continúan distribuyendo con tino sus recursos, si llevan adelante enjundiosamente sus programas de investigación y si capacitan a suficientes científicos jóvenes. Pero no basta con hacer investigaciones. Es necesario sentar ciertas bases que permitan aplicar la nueva tecnología a la solución de los problemas alimentarios. Un país determinado puede contar con la semilla, los métodos y el fertilizante, y, sin embargo, no lograr el menor resultado. Y es que para iniciar los cambios es indispensable que el gobierno establezca y ponga en marcha, desde su nivel más alto, una política económica adecuada.

Algunas veces, una de las tareas más difíciles consiste en convencer a los gobiernos de que deben dar su apoyo a las investigaciones y en seguida poner en vigor una política que permita al pequeño agricultor aplicar los nuevos conocimientos. Es necesario poner al alcance de éste créditos suficientes para la adquisición de fertilizantes y semillas, amén de estabilizar el mercado para evitar que sus fluctuaciones hagan inútil todo esfuerzo previo a la cosecha. Todas estas cosas son de capital importancia.

Debemos esforzarnos por llevar esta nueva tecnología a un porcentaje cada vez mayor de la población total; y no sólo en lo que se refiere al trigo. Es preciso que demos un vigoroso impulso a las investigaciones relativas a todos los demás productos agrícolas, para que pueda crecer constantemente la cantidad de agricultores que participen en los programas. Hoy día, por ejemplo, los campesinos que cultivan trigo en la India y Paquistán tienen dinero en el bolsillo y están ejerciendo su nuevo poder de compra; todo ello determina un nuevo ritmo de trabajo y evolución en las pequeñas industrias de las aldeas, con lo cual se vitaliza toda la economía nacional.

Si logramos que este movimiento siga adelante e incluya a más y más gente, sus efectos sobre el desarrollo económico total de los países pueden llegar a ser sorprendentes en extremo. Desde luego, para ello se requiere que los gobiernos tengan estabilidad; en otras palabras, se necesita paz. No es posible mejorar el nivel de vida de los pueblos en medio del caos.

Al aceptar el Premio Nobel de la Paz en Oslo el pasado noviembre,

La "Revolución Verde" y Después

expresó usted su preocupación por el hecho de que el aumento de la producción de alimentos en el mundo registra un ritmo menor que el aumento de la población. A su parecer, ¿qué gravedad tiene este problema para el mundo actual?

Me preocupa grandemente el crecimiento de la población pues no sólo origina el problema alimentario sino muchos otros. Me inquieta en igual medida el desempleo, por ejemplo. La escasez de empleos, combinada con la explosión demográfica, ocasionará cada vez más inestabilidad política y caos social. Más aún, creo que hay varias regiones del mundo que por su gran sobrepoblación están aproximándose rápidamente al punto en que será imposible gobernarlas.

Con tal estado de cosas, con la amenaza del caos creciente a nuestro alrededor, ¿cómo conseguir una paz duradera? Estoy convencido de que una de las condiciones primarias para lograr la paz mundial es la solución del problema del hambre. Pero inmediatamente después tenemos el problema de la escasez de empleos, el de la educación, el de la habitación, el de la atención médica, el del transporte, etc. Todos ellos están relacionados entre sí y giran alrededor de la explosión demográfica.

Todo el mundo habla hoy del medio ambiente. No obstante, la verdad es que los problemas medioambientales son —en gran medida— producto del hacinamiento de la gente en ciertas partes del mundo en las que no hemos realizado el esfuerzo necesario para resolver la cuestión. Estoy seguro de que podemos solucionar varios de los problemas que acabo de mencionar. No obstante, si lo hacemos ahora (creo que podremos hacerlo en el transcurso de los próximos cinco o diez años) ¿seguirán resueltos dentro de 20 o 30 años, cuando la población se haya duplicado? Lo dudo.

Entonces, ¿cuál cree usted que sea la solución para el problema de la sobrepoblación?

No existe una solución sencilla. Mi criterio a este respecto es que para construir un mundo mejor tenemos que lograr que el crecimiento demográfico sea paralelo al aumento de nuestra capacidad de dar un nivel de vida aceptable a todos los nuevos habitantes del planeta. Mientras no lo hagamos, continuarán los conflictos. Primero proliferarán las pugnas internas en los países; éstas desembocarán en guerras civiles de una u otra clase. Y no debemos olvidar que estas guerras a menudo se extienden a los países circunvecinos. Cada día es mayor el peligro de que los conflictos locales se conviertan en conflictos mundiales.

Al hablar del problema demográfico y del medio ambiente, encontramos que todos sus factores están interrelacionados y nos conducen nuevamente a la interrogante fundamental: ¿Cómo podemos dar a todos los pueblos de la tierra un nivel de vida aceptable? La cuestión es comple-

FACETAS

ja. No se le puede dar una solución simple, debido a que la misma densidad demográfica varía mucho en las diferentes regiones del mundo. Por otra parte, pienso que esto no es motivo para que los pueblos privilegiados del orbe se desentiendan de la situación.

Estamos más cerca que nunca de integrar un solo mundo; además, la explotación exhaustiva de nuestros recursos naturales en ocasiones agota las fuentes existentes antes de que podamos descubrir otras nuevas. Si no creamos sustitutos, el costo de tales recursos naturales se elevará. Todo esto afecta necesariamente a la economía de cada país y, por ende, a la del mundo.

Me apena decirlo, pero no veo una solución simple para el problema. Debemos atacar a lo que yo denomino el "monstruo demográfico" desde todos los ángulos: alimentación, empleo, educación, habitación, vestido, transporte... todo, en suma, incluyendo al medio ambiente.

Como usted puede ver, hay mucha gente que simplemente no comprende la magnitud y complejidad de la cuestión del medio ambiente, ni siquiera en su relación con el problema alimentario. Yo me inicié como ecólogo forestal. Durante mis primeros tiempos de actividad profesional fui guardabosques en la región silvestre de Idaho, que es la zona virgen más grande de los Estados Unidos, y sé lo que es el equilibrio natural. Allí también ocurren desequilibrios, aunque la gente de visión estrecha tampoco lo comprenda. Hay plagas de insectos que destruyen grandes extensiones boscosas y tormentas eléctricas que originan innumerables incendios (provocados por los rayos, no por el hombre). En aquellas tierras ocurren desequilibrios semejantes a los que ocasiona el hombre, aunque debo reconocer que el hombre es el más eficaz provocador de desequilibrios en la naturaleza.

Hay gente "purista" que propugna el uso de fertilizantes orgánicos en lugar de los químicos. Pues bien, en primer lugar, la agricultura a base de elementos orgánicos no obra maravillas. Los Estados Unidos podrían tal vez recurrir a este método agrícola durante algunos años gracias a que cuentan todavía con grandes extensiones de tierra disponibles. Pero el resto del mundo moriría de hambre. O sea que los que condenan el empleo de fertilizantes químicos pretenden también condenar a la mitad de la humanidad a la muerte por inanición.

En tal caso, debíamos haber desechado el concepto de la "revolución verde" desde el principio; debíamos habernos ocupado de otra cosa. Sin los fertilizantes químicos, sin el uso racional de insecticidas para combatir algunas enfermedades y sin el empleo de herbicidas para eliminar ciertas yerbas perjudiciales, este mundo sobrepoblado estaría destinado a perecer.

Así pues, tenemos que hacer uso del sentido común; y mientras más gente viva hacinada en este planeta, menos sentido común habrá. Antiguamente el sentido común era, precisamente, bastante común; creo que

La "Revolución Verde" y Después

todavía queda algo de él. Pero todo el mundo está de tal manera sumergido en un océano de artefactos y extravagancias, que con excesiva frecuencia deja en casa el sentido común. Les parece que no sirve, que debe eliminarse. Pero sin él nuestro futuro es incierto.

Aquí en México se habló mucho sobre los comentarios que hizo usted en Oslo acerca de la sobrepoblación. Se dijo después que sin duda se refería usted a países como la India y Paquistán. ¿Considera usted que en el Hemisferio Occidental existen países que tienen ante sí el problema de la sobrepoblación?

Desde luego que sí. Si tomamos al desempleo y al subempleo como manifestaciones del exceso de población, tenemos que considerar que el problema existe ya en un buen número de países americanos. Y, según marchan las cosas, muchos otros llegarán seguramente a dicha etapa en los próximos 30 ó 40 años. Mi preocupación no se limita a los países asiáticos y africanos; abarca también a los países de América.

Algunas personas han señalado que empezamos apenas a explotar las posibilidades alimentarias de los océanos y que en los años venideros una buena parte de los alimentos que consuma la humanidad provendrá de las aguas marinas. ¿Cree usted que este concepto sea válido?

No. Creo que es una idea simplista. Indudablemente, hay ciertas partes del océano cuya capacidad de producción de alimentos puede multiplicarse, pero también hay vastas extensiones marinas —como hay grandes extensiones de tierra— que son estériles desde el punto de vista de la producción de alimentos.

Así pues, no creo que debamos buscar milagros en el océano. Queremos desarrollar nuestros recursos y mejorar nuestros métodos para explotarlos; empero, no podemos creer que encontraremos una manera fácil de obtener enormes cantidades de alimentos del mar.

El problema, insisto, va mucho más allá de la cuestión alimentaria. Se compone también de otros factores que ya mencioné antes: el empleo, la habitación, la salud, el transporte, etcétera. No hay soluciones fáciles. Debemos abarcar con la mirada todos los aspectos del problema y preguntarnos: "¿Cómo podremos dar a toda la humanidad el nivel de vida que debe tener?"

